

INTRODUCCIÓN. PUEBLOS DEL SAHEL, SAHEL DE LOS PUEBLOS: RESTITUYENDO EL PROTAGONISMO LOCAL

Albert Roca

Antropólogo. Profesor de Historia de África, Universitat de Lleida (UdL)

La palabra Sahel ha pasado de ser apenas conocida a convertirse en un lugar común de la sección internacional de los medios de comunicación. Actúa como una etiqueta que acentúa los estereotipos estigmatizadores del continente africano, entendidos en gran medida como «cargas» (pobreza, violencia, irracionalidad...) en un medio particularmente hostil (la peor versión de los ya de por sí denostados trópicos) y a las puertas de Europa, con lo cual encierra una amenaza latente (coladero y trampolín de la migración «ilegal»). El florecimiento del conocimiento experto sobre la región no ha desmentido estas connotaciones, sino que en gran medida las ha legitimado, aunque con escaso rigor científico.

Publicación basada en el intercambio generado a partir del seminario GENTES DEL SAHEL, SAHEL DE LAS GENTES, organizado en Barcelona por CIDOB en colaboración con el GESA, los días 8 y 9 de noviembre de 2018

Simplificando, se puede decir que las asesorías aplicadas a la región han seguido en su mayoría dos líneas: una, prioritaria, centrada en la seguridad; otra, secundaria, orientada hacia la ecología. En ambas, los discursos expertos dominantes tienden a desautorizar –cuando no a culpabilizar– a las poblaciones locales, apelando más o menos implícitamente a una tutela externa (nacional e internacional) que desactive su supuesta vulnerabilidad, léase incapacidad. Por lo que se refiere a la seguridad, se suele dar por sentada una inestabilidad estructural asociada, por un lado, a la presunta falta de un modelo ciudadano en los imaginarios y en las relaciones locales, y, por otro lado, a la incapacidad gestora de los estados. En cuanto a la ecología, el Sahel se ha convertido en uno de los ecosistemas tipo de los efectos aridificadores del cambio climático: aunque las causas de esta identificación desbordan el ámbito regional, las prácticas características del nomadismo saheliano (a su vez sospechoso habitual de la mencionada inestabilidad) constituirían el principal «factor desertificador» local.

Numerosos indicios científicos descalifican esta mirada. Y no sólo porque la evolución del modelo desarrollista ha convertido el empoderamiento local en un condicionante crucial de la efectividad de toda política de desarrollo. Estudios bien distintos señalan que los usos de los grupos nómadas (pastores, comerciantes...) suponen en estos momentos, y dadas las posibilidades realistas de inversión, si no la mejor opción, sí al menos un planteamiento complementario obligado para afrontar las

La palabra Sahel actúa como una etiqueta que acentúa los estereotipos estigmatizadores del continente africano

oscilaciones inherentes a los ecosistemas áridos como el Sahel. Ésta es una percepción que ya cuenta con cierta perspectiva. Basta ver cómo evolucionan, a partir del final de los ochenta, los artículos acerca del sobrepastoreo y otras versiones de la «tragedia de los comunes» (los llamados modelos de «capacidad de carga») en revistas bien indexadas y tan poco *revolucionarias* como *Human Ecology*: la revalorización de las tradiciones pastoriles resulta evidente, llegando incluso a *entenderse* el *ethos* guerrero que las suele acompañar como otro mecanismo equilibrador (un mensaje que sería recibido con indignación por los ideólogos de la seguridad global). La descalificación por presuntamente *excluyentes* de las solidaridades locales, colectivistas, tanto si son nómadas como sedentarias, tergiversa su rol en la supervivencia cotidiana en el arbitrio de conflictos. La irrupción del calentamiento climático como «problema central» no ha invalidado esta revalorización: el nomadismo y las prácticas culturalmente conservadoras que se le asocian pueden ser insuficientes, pero parecen necesarias como mínimo en el período de transición actual. Resumiendo, la anulación de la iniciativa local pondría en peligro el principal activo para atajar los problemas que explican el interés en la región.

Estas percepciones se incorporaron al devenir regional más como una causa de las supuestas disfunciones sahelianas que como una fuente potencial de soluciones. Esta situación exige hoy una reacción que sólo puede partir de las alianzas de conocimientos y de la diversificación de las perspectivas culturales y sociales de investigadores e investigadoras. Y son estas vías las que propone explorar este monográfico.

I. Transición y externalidad

Hay acuerdo en que el Sahel ha sido y es un espacio de transición, liminar como dicen los antropólogos, una interfaz cultural y económica. Pero esta comprensión, que conlleva una connotación de periferia que puede constituir un lastre, apenas tiene utilidad si no se define bien en qué consiste ese transitar y cuál o cuáles son los espacios centrales referentes de la mencionada liminalidad.

En este sentido, es crucial entender que la concepción internacional del espacio saheliano ha sido fundamentalmente externa. La etimología resulta aquí significativa: la palabra Sahel se deriva de la misma raíz árabe que da lugar a swahili, y que confiere el significado de «costa», equiparando la experiencia transahariana a la transoceánica. Así pues, el Sahel designa históricamente los confines del África negra, la entrada por tierra al subcontinente. Es decir, la puerta a una región exótica por su difícil acceso (ni el océano ni el desierto, las dos vías de entrada, se pueden cruzar de cualquier manera ni por cualquier sitio) y por sus gentes (Bilad es Sudan, la tierra de los negros, como también se entendía la costa oriental, la otra «puerta», *Bilad es Zanj*), consideradas explícita o implícitamente como inferiores o dependientes en la jerarquía internacional, en particular tras el último período de la trata de esclavos y la experiencia colonial.

La definición, pues, no tiene que ver ni con la comprensión de las propias poblaciones locales ni con las formaciones sociopolíticas que han estructurado históricamente la región. Sin entrar aún en el obligado

enfoque endógeno, vale la pena hacer notar que si se quiere ser coherente, las disposiciones internacionales pueden ser consideradas anacrónicas, dado que arrancan de la mencionada visión externa construida progresivamente desde la Edad Moderna mediterránea: en consecuencia, también podemos anticipar (¿hipótesis de salida?) que las propuestas que partan de semejante visión no solo resultarán poco adaptativas, sino directamente perjudiciales para las poblaciones locales. Esos planteamientos ante la supuesta inestabilidad crónica saheliana, en lugar de ahondar en el rol de los factores exógenos que la condicionan y activar los potenciales internos para enfrentarla, insisten en «cerrar» la «puerta saheliana» para evitar el «contagio» a los centros desde una zona periférica: el paradigma de la seguridad, que adjudica a los gobiernos regionales (que no locales) un papel de contención e «ilegalización» de las movi- lidades, planificado desde la perspectiva europea (económica y militar); el paradigma de detención del desierto, que insiste en la transformación de los sistemas de subsistencia y en el control demográfico, legitimando la aculturación en nombre del bien global a largo plazo y no tanto del bienestar local inmediato.

Esta publicación pretende recoger propuestas para cambiar esta aproxima- ción a partir del análisis de las capacidades de las poblaciones.

El Sahel ha sido y es un espacio de transición, una interfaz cultural y económica

II. Ecología y movilidad

Desde el punto de vista ecológico, el Sahel es una franja de transición entre el Sáhara, el desierto subtropical septentrional que divide el continente africano, y la sabana norte, el ecosistema abierto tropical que conecta con la pluviselva ecuatorial. Este patrón de franjas latitudinales se ve rotundamente alterado en la parte oriental, debido a la excepcional trayectoria transahariana del Nilo y a la elevación de la región subsahariana limítrofe, producida por el avance de la fosa del Rift. Una muestra de las alteraciones de esta combinatoria oriental: la constitución del pantano de Es Sudd, «barrera» que limita dramáticamente la comunicabilidad del valle nilótico, contrasta con la floración de «puertos caravaneros» en la curva del Níger.

Desde una perspectiva económica, la agricultura del Sahel se caracteriza por la obligatoriedad de irrigar (a diferencia del desierto, donde ésta es impracticable fuera de los escasos oasis, y de la sabana, donde las lluvias y los ríos aseguran la viabilidad agrícola). En consecuencia, históricamente, la actividad dominante en la región ha sido la ganadería extensiva (mucho más rentable a corto plazo que el riego, que supone altos costos e incertidumbres), así como el comercio, en tanto que interfaz entre las rutas saharianas y las de la sabana.

El ecosistema saheliano semiárido se caracteriza por su movilidad: no son simplemente algunas comunidades animales las que se desplazan con los cambios estacionales o con los vaivenes del clima, sino que todo el ecosistema se mueve. El intento, desde los años 60, de explicar la ecología del Sahel desde los modelos de capacidad sustentadora, estáticos y escasamente empíricos, ha llevado a una profunda incomprensión de las dinámicas geobiológicas regionales, así como a responsabilizar equivocadamente a las poblaciones locales de agudizar los efectos de los períodos de escasez (sequía), debido al sobrepastoreo presuntamente provocado

En África en general, y en el Sahel en particular, una conspicua diversidad cultural ha actuado como mecanismo de creación sociopolítica que ha venido a denominarse «frontera africana»

por *atávicas* prácticas tradicionales, en lo que sería un ejemplo claro de la «tragedia de los comunes». Los estudios demográficos –con frecuencia catastrofistas– suelen estar profundamente asociados a esta concepción esencialista –y compartimentadora– de los ecosistemas y de las poblaciones y sus capacidades adaptativas y de diversificación. Esta interpretación cientifista, pero errónea, continúa siendo común y actúa como legitimadora de numerosas iniciativas de expropiación y aculturación de las poblaciones locales, iniciativas que han coincidido fatalmente con los intereses políticos de las nuevas élites postcoloniales.

En consecuencia, es razonable cuestionar y someter a crítica científica pluridisciplinar cualquier propuesta estructural que ignore o limite crucialmente esta movilidad del ecosistema (como las famosas barreras verdes, tal que la promovida en su momento por el rector de la Universidad de Dakar, UCAD), tanto por los costos que implica (y que habría que calcular con exactitud en relación con los supuestos beneficios esperables) como por la pérdida de conocimiento y agencia locales (de las poblaciones que sí se habían adaptado a la movilidad de los ecosistemas). No se trata tanto de priorizar el análisis ecológico (en el sentido biólogo) sobre el acuerdo político, como de que el primero enriquezca el necesario cuestionamiento del envenenado legado del estado-nación y su concepción de *limes* tan poco adaptados a los tejidos sociales subsaharianos; en otras palabras, se trata de ponderar –si no favorecer– una mirada panafricanista a la ecología regional.

Para consolidar este acercamiento crítico, hay que empezar por evitar los frecuentes sesgos estadísticos que han caracterizado los análisis regionales. En primer lugar, se utilizan repetidamente datos –cuantitativos y cualitativos– referidos al conjunto de los estados sahelianos (que no siempre son los mismos, estableciendo listas que siempre excluyen actores) en lugar de desglosar los que corresponden en cada momento ecológico (el análisis diacrónico es fundamental) a la región saheliana propiamente dicha y a sus poblaciones (contextualizando y discriminando bien su instalación, continuidad y relación socioeconómica y cultural con el territorio y sus ocupantes). Por ejemplo, los datos de fecundidad y crecimiento demográfico o la descripción de las formas de religiosidad *sufí* se deben referir a las poblaciones sahelianas distinguiéndolas internamente según sus modelos de adaptación ecocultural y externamente en relación a los habitantes de los ecosistemas políticos contiguos con los que se articulan e imbrican.

III. Ecología política

La distinción entre los colectivos que interaccionan en el Sahel es fundamental para entender las dinámicas actuales y para poder establecer políticas críticas y sensibles a la retroalimentación que generen en las poblaciones locales. Esta discriminación permitirá un contraste real de la evolución del grado de bienestar no sólo con las medias internacionales, sino, en primer término, con las poblaciones vecinas, estatales, regionales e incluso globales. Frente a la infantilización de las poblaciones sahelianas –por no decir culpabilización– que conllevaba la «tragedia de los comunes», acentuada sin apenas base alguna por la preocupación por el calentamiento global, el etnodesarrollo propone la puesta en valor de conocimiento local (*Indigenous Knowledge*, IK): el Banco Mundial,

la UNESCO o la OMS parten de la suposición que la elasticidad de las poblaciones autóctonas se debe a que han puesto en valor un conocimiento local adaptado específicamente a su territorio, que les aporta una ventaja adaptativa en el camino hacia el desarrollo. En el caso del Sahel, donde apenas se ha proyectado esta perspectiva, esta cualificación apunta a las poblaciones nómadas (con un estilo de vida congruente con la movilidad del ecosistema saheliano), pero en solitario: por una parte, la aplicación del concepto de autoctonía a dichos colectivos nómadas plantea importantes desafíos y, por otra, un sondeo histórico somero muestra que esa actividad ganadera y comercial es inseparable de la presencia en el área de otros actores, en un equilibrio dinámico.

Así pues, la citada discriminación implica tener en cuenta los factores identitarios en juego (intraétnicos en primer lugar, en su multidimensionalidad, religiosa, política o económica...) y su rol en la adaptación socioeconómica al medio, que nunca es una adaptación aislada, sino vinculada con otras. Todos los factores identitarios son susceptibles de manipulación sociopolítica por parte de las facciones que intervienen en una sociedad, pero esta constatación ni exime de su análisis ni permite establecer a priori una jerarquía explicativa asentada sobre investigaciones en otros contextos. En África en general, y en el Sahel en particular, esta conjunción de factores identitarios no ha redundado en una mayor homogeneidad, sino en una conspicua diversidad cultural que ha actuado como mecanismo de creación sociopolítica, que ha venido a denominarse «frontera africana».

La etnicidad, uno de los factores de ese pluralismo cultural, constituye un buen indicador a escala regional, de la variable de autoctonía, aunque los mecanismos concretos por los que opera se asocian forzosamente a otras categorías intraétnicas (como la filiación en linajes o clanes, o los grupos de edad o el parentesco *de broma*) y transétnicas (cofradías religiosas, ideologías asociables a las antiguas realezas, memorias coloniales, panafricanismo/negritud...). Es por ello que, como punto de partida del análisis, vale la pena esbozar una cartografía étnica de la región, distinguiendo locales y no locales, aunque luego se matice o incluso contradiga.

Habitualmente se señala a los grupos de «grandes nómadas» como los actores «típicos» del Sahel, pero esta asignación es incompleta. Por un lado, a menudo, estos nómadas son también los mediadores de la gran membrana sahariana (a diferencia de lo que ocurre en el Índico, la otra gran membrana histórica de la frontera africana); por otro lado, con la excepción de los bidan del Sáhara occidental (no los de Mauritania), los distintos grupos del Sudan occidental (bidan, tuareg y tubu) no sólo compartían carácter sahariano y saheliano, sino que se orientaban políticamente hacia el sur; el esquema se altera dramáticamente a medida que te acercas a la cuenca del Nilo y al Cuerno de África. Existen, además, otros grupos nómadas sahelianos que no son saharianos. Los más importantes, con mucho, son los fula o peul.

El siguiente nicho ecológico lo ocupan los grupos sedentarios que, aunque se consideran gentes de sabana, indígenas de los grandes reinos históricos, ocupan el Sahel, donde forman parte del tejido social local, aunque no todos con la misma legitimidad o función: vale la pena comparar wolof con tucolor o soninké, bamana y otros grupos mandé, bozo

Cualquier horizonte a medio plazo pasa por la comprensión actualizada de los mecanismos de toma de decisiones locales

Este escenario de investigación propone tres ejes de interés: el papel socioeconómico y ecológico de la transnacionalidad estructural, los usos de la memoria múltiple y el islam como conexión local continuada con el mundo

y otras poblaciones ribereñas, los arma (como grupo urbano por excelencia), sonray-zarma, hausa, kanuri o sara, por citar algunos de los más conocidos. Nuevamente el esquema se complica en el oriente y, en este sentido, la región de la República Centroafricana, a menudo ignorada al hablar del Sahel, es un verdadero laboratorio sociológico situado en una región particularmente castigada por la trata.

Así pues, consideramos que cualquier horizonte a medio plazo pasa por la comprensión actualizada de los mecanismos de toma de decisiones locales (muchos de los cuales, aunque no todos, pueden ser calificados de tradicionales, que no significa inmutables). Esta aproximación *etnográfica* no debería restringirse a la antropología y se debería estudiar en contextos distintos (gestión de los recursos comunes, educación/enculturación, resolución de conflictos...)

IV. Participación política y transnacionalidad

Las *miradas cercanas* promovidas según los ejes tratados anteriormente permiten revisar la relación de las poblaciones locales (desglosadas y entendidas en su diversidad) con los respectivos estados (no sólo con el «propio», dada la movilidad y la transestatalidad de muchas solidaridades locales, étnicas, religiosas u otras) y con los factores externos, desde la cooperación –incluida la relativa a la seguridad, cívica, alimentaria u otras-, a las corporaciones multinacionales –en particular extractivas- y a la comunidad internacional. La impotencia –cuando no la inadecuación- de muchos modelos explicativos actuales es patente. Se trata, pues, de plantear una alternativa reubicando dichas poblaciones locales en el centro del análisis y explorando los potenciales de las «tecnologías sociales locales» (y las condiciones necesarias para que puedan ser efectivas) en la interacción supralocal.

Este escenario permitiría abordar con una mirada nueva los mecanismos interétnicos, supraétnicos o transétnicos de interacción social. Y proponemos una mirada cercana, pero *larga* (en el sentido de la *longue durée*) por dos razones: la primera porque la continuidad adaptativa (con cambios, pues) de las dinámicas regionales es una evidencia en todas las investigaciones y un potencial que ha sido infrautilizado; la segunda porque la memoria puede ser una herramienta poderosa para rearticular las identidades colectivas en un marco común.

Es conocido que el Sahel se ha integrado históricamente en formaciones políticas muy distintas, algunas de las cuales mostraron una estabilidad notable en la gestión de la diversidad interna y externa, desbordando las fronteras sahelianas y creando «ecúmenes» más amplias, ecológica y socialmente. Estas trayectorias de creación política se vieron truncadas por el contacto europeo, indirectamente durante el tráfico negrero, sobre todo a partir de los siglos XVI y XVII, o directamente a través de la colonización. Aun hoy maravilla su diversidad, pero también algunos puntos en común, en particular referidos a la gestión de esa heterogeneidad y a las concepciones del poder legítimo (realeza divina, códigos de conducta, mediación, naturaleza y cosmos por parte de las autoridades tradicionales, poder fiscalizable colectivamente...). Ambos aspectos han pervivido –adaptándose- hasta la sociedad actual y son activos en las relaciones actuales: otra cosa es que se puedan optimizar.

La experiencia apunta que hay que apostar metodológicamente por el mismo pluralismo que caracteriza a los contextos sahelianos (y africanos, aquí la comparación puede ser muy útil). En las sociedades africanas reinan las lógicas múltiples, esas que apenas nos atrevemos a aceptar en Occidente en campos acotados –y lejanos de la cotidianidad- como la mecánica cuántica: no hay unas reglas de juego comunes (como en el cosmopolitismo global, donde la diversidad es más pintoresca que política), sino un espacio común de pacto y de intereses compartidos, desde identidades distintas. En este sentido, vale la pena observar por qué las intervenciones militares están siendo tan decepcionantes, hasta qué punto la entrada en el organigrama nacional y/o internacional de grupos o facciones nómadas (como sectores tuareg en Níger) responde a realidades sociales locales.

El precedente colonial de la administración de la región y de los pueblos nómadas merece ser revisado: un *statu quo*, con pocas normas que cumplir efectivamente, garantizó una paz relativa –tras las recalcitrantes resistencias anteriores- bajo un poder supremo lejano, a costa de romper o debilitar lazos y de las simbiosis obligadas con los grupos sedentarios vecinos. Esta ruptura incidió en la que ya había producido la trata de esclavos y a la que responden en buena medida las «revoluciones islámicas» desde el siglo XVIII.

En este escenario de investigación, tres ejes de interés parecen prometedores desde una perspectiva aplicada: el papel socioeconómico y ecológico de la transnacionalidad estructural (no sólo transestatalidad) de las poblaciones sahelianas (teniendo en cuenta y tratando de explicar las grandes diferencias en el alcance y los objetivos de los movimientos migratorios, muy mayoritariamente intrafricanos); los usos de la memoria múltiple, no de la oficial (memoria del estado-nación); y el islam como conexión local continuada con el mundo en sentido amplio, analizando cómo las formas locales (debates sobre el famoso «islam negro», descartado por la islamología y actualizado por la antropología) interaccionan y reaccionan no solo frente al islamismo internacional, sino también frente al capitalismo. Los mecanismos tradicionales de cohesión local sobreviven tanto a los desplazamientos más o menos masivos como a la violencia descontrolada (numerosos escenarios de estudio, desde Mali hasta República Centroafricana o el Darfur). Es fundamental estudiar las condiciones, implicaciones y posibilidades de esta adaptabilidad.

No sabemos si, cuando Richard Auty acuñó la expresión «maldición de los recursos» (*resource curse*), popularizada por autores como Jeffrey Sachs, era consciente de estar entroncando con una visión común al menos desde el arranque de la modernidad y que se podría formular de una manera más general como la «maldición internacional». Para el humanismo moderno, la ética es el factor fundamental que explica las diferencias en bienestar y riqueza. Regiones europeas como las cuencas hüllíferas (Asturias o País de Gales, que conectarían con el romantizado «destino celta») fueron entendidas como ricas en recursos y *pobres* en el sentido cultural, y ético, luego necesitadas de tutela externa. Esta visión se proyectó sobre los trópicos en los distintos proyectos coloniales. La investigación revela que la «maldición de los recursos» se activa con la intervención externa, que raramente genera los efectos pretendidos, tanto por el discurso colonial, como por el de la cooperación. En el Sahel, la riqueza no es tanto natural, sino que la maldición se entronca-

ría en su importancia geoestratégica y en el imperativo de la seguridad internacional. Y, tal vez como ninguna otra región, el Sahel muestra como esa maldición internacional es una profecía autocumplida: la priorización de la intervención externa, securitaria, ha generado una y otra vez, desde el período colonial, mayor inseguridad y menores perspectivas económicas. Es hora de que el conocimiento acumulado por la investigación y la experiencia en cooperación y asociación profesional revierta el «hechizo internacional», no aislando el Sahel, no negando la necesaria gestión de la seguridad, sino restituyendo el protagonismo de las poblaciones locales en toda su singularidad. Y esta mirada debe empezar, en primer lugar, a nivel analítico.

La colección de textos que siguen pretende esbozar pistas que apuntan a este horizonte, agrupándose en cuatro momentos de la reflexión conjunta: una primera sección, *desafíos*, donde las contribuciones de Ainhoa Marín, Juan Mora y David Nieves recogen de forma crítica algunas líneas básicas de la visión securitaria dominante acerca del Sahel; tres secciones de *respuestas*, siguiendo ejes adaptativos no excluyentes por parte de las poblaciones locales, la *movilidad* –abordada por Oriol Puig y Florence Boyer–, el *conflicto* –con reflexiones de Vincent Foucher y Juan Carlos Gimeno– y la *ideología* o cosmovisión –explorada por Antonio de Diego, Berta Mendiguren y Jordi Tomás–. El monográfico se cierra con la reconstrucción del diálogo que ha generado este trabajo a través de una conversación entre editores y autores.